



PERIÓDICO FESTIVO-SATÍRICO Y LITERARIO.

SUSCRIPCIÓN.—Una peseta trimestre.
Principian en Enero, Abril, Julio y Octubre.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN E IMPRENTA
Urrutia, 3 (Almería) Vélez-Rubio.

ANUNCIOS.—Precios convencionales.
Rebajas considerables a los suscriptores.

ALUMBRARÁ LOS CRECIENTES Y MENGUANTES DE LA LUNA

ADVERTENCIA.—Los trabajos que aparecen firmados en "La Linterna," son de nuestra colaboración especial, y queda prohibida su reproducción.

Vanitas

¿Quién de vosotros no ha bebido alguna vez un vaso de agua con azúcar? Probablemente todo el que fijó la vista en estos renglones. Pero no sé si todos habrán tenido la paciencia de observar la manera lenta y suave cómo, una vez sumergido en el agua, va desmoronándose el terrón y depositándose en menudo polvo en el fondo del vaso. Después, si se agita el agua, se enturbia un momento, vuelve poco a poco a su transparencia natural, y el terrón ha desaparecido.

Esta operación tan vulgar es para mí imagen de la vida. Caer el hombre en esta gran vaso de la tierra; empezar a desmoronarse insensiblemente hasta depositarse en el fondo del vaso; una ráfaga de viento limpia luego la atmósfera; y el hombre desaparece.

Por más que esto me sea desagradable, no solo por ser yo terrón, sino por ver desaparecer terrones queridos con toda mi alma, me conformo, si dirijo mi pensamiento a más alto y consolador orden de ideas.

Pero hay una cosa con la cual no puedo conformarme; y es la excesiva vanidad humana.

Algunas veces suelo sumergirme en reflexiones sobre tan triste tema.

Una vez me pareció ver una gran necrópolis donde yacían varias generacio-

nes, cuyos rectos por virtud extraña saliendo de sus tumbas paseaban por las calles de alineados sepulcros, con los restos de los trajes con que fueron enterrados. Y era de ver que no pocos de los paseantes que en vida habían traído fama de sabios, de virtuosos de frailes y de monjas, presumiendo todavía del traje, quitándose motas y sacudiéndose la tierra de que estaban manchados. Otros vi de magistrados y de doctores, y alguno de los cuales no le quedaba otra prenda que el bonete. Otros menos afortunados paseaban, no en cueros vivos, sino en sólo huesos muertos. Generales vi también que conservaban intacto el uniforme; sólo los oros tenían verdes, por haber sido enterrados con el falso; cubiertos de girones de bandas, y cruces de todas clases. Multitud de gentes de condición ignorada paseaban también; y parecía que ponían gran cuidado en no rozarse con los muertos distinguidos, con la aristocracia uniformada; demostrando de este modo que aún no habían olvidado los desprecios recibidos.

Muchos reuníanse en grupos y parecía cuchicheaban al ver pasar los arrogantes; uno de los cuales, notándolo, quiso mortificarles, hizo además de escupirles y abriendo las fauces les arrojó un puñado de tierra. En otros sitios parecía que aquellos intranquilos haces de andrajos se agitaban fomentando odios anteriores, sacudiendo los manojos de huesos; antes manos, y mirándose, no de reojo, sino de *reórbita*.—Ya cerraba la noche, un viento húmedo y frío se hacía sentir, los sauces empezaban a agitarse, cuando oí sonar una campana. Un ruido, parecido al que producirían al rodar por tela metálica mil espuelas de grava, aturdió entonces mis oídos. Después

reinó el silencio.—Otro día el sepultorero maravillado recogió, al barrer, una espuerta de condecoraciones oxidadas, galones y pedazos de bandas y cintas.

He pensado en la causa ó fundamento de este feo vicio de la vanidad y no he podido encontrar otra razón que la misma debilidad del hombre, el cual siendo flojo quiere aparecer fuerte, ignorante y pasar por entendido, feo y presumir de hermoso, deleznable y perecedero y quedar permanente. Y así se explica por qué el portero recibe con placer el tratamiento de conserje, este el de administrador, y este último el de intendente. Todo este diccionario lo tienen los italianos reducido a dos solas frases: *Excelenza y Comendatore*, con que llaman a todo el mundo: sistema sumamente fácil y que deja a todos contentos.

De todo esto, que tiene lugar en todas las gerarquías sociales, no traspora algo de miserable y ridículo para la desgraciada especie humana?

Yo he visto hombres de talento alegrarse de las alabanzas más triviales, y a los mismos transformarse en fieras a la más ligera y justificada observación. He visto a los soberbios azotar en la cara al humilde y digno que no los aplaudía. A otros he visto hacer las más degradantes humillaciones por colgarse una cinta ó engalanarse con un título.

¿Y todo para qué?

Más modestia, señores, más modestia, que no está lejano el día en que el auriga de la Funeraria grite: «¡Viajeros, al coche!» Tendad una mirada por lo pasado; considerad las innumerables generaciones barridas en la tierra. ¡Cuánto dolor extinguido, y cuánto amor olvidado! Y aún aquel que se crea con